

Cierto día de verano...

hace muchos años

En esta noche septembrina, Antontxu, sentado a la puerta del oscuro portal de la casa en que vivía, meditaba hondamente sobre la fatuidad de las glorias humanas. Por más que repasaba cuidadosamente las horas del día no veía el por qué ¡a él! le tenían que pasar tales cosas. ¿Cuál había sido su pecado? Durante todo el día fue un niño bueno. Bien es verdad que, desobedeciendo a su madre, por la mañana tempranito había salido al balcón, pero ¿era eso pecado? No podía dormir, ¿qué hacer? Además, a él le gustaba, cuando se despertaba así, salir al balcón cuando aún quedaban sombras escondidas en los rincones de su vieja calle. Entonces, las casas se le mostraban al fresco aire matutino como cargadas con el sueño de sus moradores que comenzaban a desperezarse. Oía cerrarse alguna que otra ventana para velar lo que antes ocultaba la oscuridad, y siempre le llamaba la atención lo nítidamente que se recordaban, a esa hora, los rectangulares adoquines.

Solía esperar con fruición el momento en que, bajo el puente del «Topo», donde comenzaba el empedrado, irrumpía brusco el traqueteo del carro «del droguero». Esta vez, el gato negro de la vecina, al sentir el tableteo de las ruedas forradas de hierro en los adoquines, debía de haberse asustado, y de un formidable salto pareció volar de un alero a otro para desaparecer raudo.

La llegada de este carro tirado por brioso caballo marcaba el despertar de la calle. Así, mientras contemplaba a las rápidas golondrinas en sus veloces esguinces a los rin-

cones, veía también a las vecinas que iban a misa de siete, tocadas con sus negras mantillas; a las lecheras que llegaban detrás de sus cargados borriquillos; a los perros que se disputaban quiméricas presas obtenidas en los cajones de basura que esperaban el paso del carro municipal, en cuya parte delantera colgaba una campanilla de claro sonido pendiente de un curvo fleje..., pero... en nada de esto veía la menor falta. ¿Qué, pues...?

Cuando el sol comenzó a pintar de vivos colores las partes altas de las casas de enfrente, sonaron las sirenas de las fábricas casi al unísono: siempre era la de la Papelera la que se adelantaba..., luego sonaban las de la Fábrica Grande y la de la Lanera... Eran las sopranos del concierto que llamaba a los renterianos a ganarse el pan cotidiano. La calle, entonces, se llenaba de gente caminando más o menos presurosa. Eran diez minutos moviditos, mientras en la esquina de Ayerbe voceaban: «¡La Voz de Guipúzcoa...! ¡El Pueblo Vasco...!»

Dejó el balcón cuando le llamó su madre para desayunar. No protestó ni un poquín cuando le restregaron la cara con la áspera toalla. Ni tampoco cuando a Migueltxo le dieron dos medias galletas más que a él. Decididamente, este día había sido más bueno que nunca...

¿Después...? Cuando salió a la calle, Pachicu estaba colocando su barberil bacía de pulido latón en la puerta de la peluquería, y el carbonero Enrique intentaba enganchar el caballo a su carro para proceder al diario reparto. El cuadrúpedo, por las trazas, no tenía ganas de trabajar y se mostraba reacio a entrar entre las varas, por lo que Antontxu tuvo un pequeño rato de distracción contemplando la pugna del hombre y la bestia y escuchando las enérgicas interjecciones del buen carbonero.

Cuando se unió a la «banda» tampoco hizo nada malo. Irrumpió entonces en la calle una pescadora de Fuenterrabía lanzando a los aires su característico pregón terminado en un prolongado: «¡Friiii...!», y la imitaron hasta que se cansaron. Luego fue un afilador galaico quien llenó los aires de la calle con el nostálgico y quejumbroso son de su ocarina. Recordando que siempre que así sucedía «más tarde o más temprano» llovía, le acompañaron un rato cantando aquello de: «¡Que llueva, que llueva... la Virgen de la Cueva...!», hasta que al afilador se le hincharon las narices y tuvieron que salir corriendo. Pero, ¡bah!, ¿qué importancia tenían estas tonterías?

Quizá lo peor fue lo sucedido en el patio situado entre la ruinosa paragüería (hoy fábrica de cafeteras) y las casas de la calle. Allí se entraba por unas enormes puertas de madera pintadas de rojo. Dentro del patio había un caserón, reliquia de los tiempos en que en Rentería se construían barcos, en cuyo piso superior había un gallinero y en su parte baja una mescolanza de establo, «cherritoki» y último refugio de algunos desvencijados carros de ruedas macizas, montados en los cuales era fácil soñar en hipotéticos viajes por las «lejanas praderas». Allí, en torno a los «carros de la caravana» se entabló una ruidosa batalla entre indios y rostropálidos, la cual ocasionó tal alarma entre los inquilinos volátiles del caserón que, llamando la atención de los arrendata-



rios, hicieron que éstos irrumpiesen en el patio, bastón en mano, terminando en un santiamén con la batalla y dejando más de un auténtico «piel roja» entre la «banda».

La parte de pecado que suponía el molestar así a las gallinas quedó compensado con lo que «ayudaron» a Perico cuando llegó con una carretilla llena de sangrantes pieles a su secadero, sito en un vetustísimo caserón hace tiempo derribado para construir la actual casa número 15. En el bajo de aquél existían unas grandes pilas llenas de salmuera en las cuales se apilaban, bien extendidas, las pieles. Ni qué decir tiene que tal «industria» llenaba aquella parte de la calle de un olor peculiar y nada agradable; pero eso no importaba a los de la «banda», sobre todo cuando se podían ganar unos «suses» para gastarlos luego en la confitería de Cantxale.

No, hasta ahora todo fue corriente. Si refunfuñó cuando su madre, después de oír el bando de Goñi sobre la apertura de una nueva «kupela» en la sidrería de Macutxo, le envió a ella en busca de un par de litros de «zizarra», esos refunfuños también eran cosa de todos los días, así que...

¿Y por la tarde...? Cuando tras el prudente intervalo impuesto por las madres para librar a sus retoños de los caniculares rayos solares, y mientras los mayores trabajaban en sus cotidianas tareas y la calle sudaba sumida en el sopor, Antontxu y sus secuaces, después de jugar un partido de fútbol a «veinte goles» en el solar que había donde el garaje que existe hoy entre el «Somera» y el «Aralar», en vez de irse al túnel de Sacarras, a Presa o a Costa (lugares estrictamente prohibidos, pero que eran visitados con harta frecuencia) fueron a bañarse en los prados que existían donde hoy se encuentra la Tintorería. Las mareas vivas de septiembre cubrían aquellos de un agua verde y limpiísima que daba gloria —¡cuán distinto sería en la actualidad!—. Allí, sobre la hierba sumergida, los baños tenían un encanto especial y, sin contravenir las órdenes maternas, uno se bañaba estupendamente.

Y aquí llegamos al final del día. Cuando la calle se pobló, después de las seis de la tarde, con la gente salida de las fábricas, los chavales ya no se encontraron a gusto en ella. Así que marcharon hacia Sacarras. Si encontraron aquella calabaza en la huerta del «Americano», no tiene que extrañar a nadie que se les ocurriese la idea.

Todo fue bien sencillo. Con una calabaza del tamaño apropiado se hacía una magnífica «calavera». ¿Cómo desaprovecharla?

Después de un cuidadoso vaciado de la misma, procurando dejar bien enterita la corteza —lo cual no era del todo fácil—, se procedió a tallarle la cara (dos redondos ojos, una triangular nariz y una inmensa y rectangular boca con palillos incrustados verticalmente a modo de espaciados dientes). Antontxu fue el «artista», y su orgullo creador se crecía ante los elogios de sus amigos, algunos de los cuales fueron en busca de viejos palos de escoba para improvisar una especie de trípode sobre el cual colocar la «calavera», y a por un cabo de vela como toque de luminotecnía macabra.

Montado provisionalmente el artillugio en un oscuro portal, se vio que tenía muy poco de fantasmal. A la luz de la vela se veían perfectamente los palos. Entonces, alguien sugirió:

—Los fantasmas suelen ir envueltos en sudarios... Con una sábana podríamos disimular los palos...

—Sí, pero... ¿de dónde la sacamos...?

Antontxu no podía dejar que por tan poca cosa se malo-

grase su obra de arte y, tras un momento de meditación —que, en honor a la verdad, diremos que no fue muy largo— afirmó:

—¡Yo la traeré...!

Efectivamente, después de dejar bien escondida su creación, los chavales se fueron a cenar. Cuando volvieron a la calle, dados suelta mientras el largo crepúsculo iba absorbiendo el calor del día y hacía apetecible el irse a la cama, Antontxu vino con su sábana. Momentos antes de salir de casa, pretextando que iba a por unos «tebeos», penetró en la alcoba, cogió una de las sábanas de su cama y, disimulando como pudo la mala compostura en que quedó aquella, hizo varios dobles con la alba tela y se la guardó bajo la chaqueta. Menos mal que su madre no le vio salir... si no, el extraño bulto le hubiera llamado la atención y allí hubiera terminado todo, pero... ¡ay!...

Con todos los ingredientes a punto, se debatió el último problema:

—¿A quién asustamos...?

—Podemos ponerlo ante la puerta de la señora...

—No, a esa no; que a lo mejor sale su hijo y nos «casca».

—Entonces... donde la de...

—¡Sí, sí, donde esa, que es muy miedosa y tiene las escaleras muy oscuras...!

Y allá, frente a la puerta de la miedosa señora, en un descansillo sombríamente tétrico, colocaron el artillugio. La vela encendida en el interior de la calabaza irradiaba una especie de fosforescentes rayos por los descarnados ojos de la «calavera» envuelta en la fantasmal sábana, que, en amplios pliegues suavemente oscilantes por una corriente de aire, caía hasta sus «pies».

Toda la maniobra de la colocación fue ejecutada en el más absoluto silencio, salvo alguna que otra risita nerviosa, a duras penas contenida.

Ya preparada la escenografía, Antontxu llamó reciamente a la puerta y se escabulló silencioso. Toda la «banda», en el portal, esperaba con cierta delectación sádica el grito espeluznante de la pobre víctima del terrible fantasma. Y... desde luego... se oyó el grito y el ruido de una puerta que se cierra violentamente... Luego..., silencio, silencio...

La «banda» se estremecía de gozo imaginándose a la pobre mujer refugiada en lo más hondo de su más recóndita alcoba rezando a todos los santos del cielo, llena de pánico. Con estas risueñas y halagadoras esperanzas sobre la bondad de su creación fantasmal, subieron en su busca para repetir la hazaña en otra parte. Mas... cuando estaban entregados a la tarea de recogerla cuidadosamente... ¡Plaf!... un escobazo... y otro... con velocidad de ametralladora, lanzó a los «frankesteines» en ciernes escaleras abajo seguidos de la flamante «calavera» hecha doscientos mil pedazos. Lo que no siguió fue la sábana.

Y ahora, sentado en un escalón del oscuro portal, Antontxu oía a su madre que se desgañitaba llamándole desde el balcón, pero ¿cómo subir? Para entonces ya habría intentado acostar a Migueltxo y descubierto la falta de la sábana, así como conjeturado quién y cuándo se la había llevado.

Todos los de la «banda» se habían retirado ya a sus casas y apenas si quedaba un grupito de hombres sentados en el bordillo de la acera, frente al bar Ramos, con un porrón sobre un adoquín y charlando pausadamente...

¿Cuál era su pecado...? Por aquella simple broma le esperaba un «caluroso» recibimiento que se complicaría gordamente si su padre estaba en casa...

¿Por qué le tenían que pasar ¡a él! tales cosas?

A. ECEIZA